

Los comienzos de la enseñanza filosófica y del libre pensamiento en los Balcanes (Vida y obra de Teófilo Coridaleus)

Jorge Hurmuziadis

La Sociedad de Estudios Balcánicos, con sede en Salónica, Grecia, ha publicado bajo el N^o 95 de una larga serie de obras dedicadas a la historia y la cultura de los países de la Península Balcánica, un voluminoso libro de 450 páginas, en idioma francés, que lleva el título y subtítulo del epígrafe. Se trata de la segunda edición de una monografía debida a Cleobulo Tsurcas, doctor en filosofía de la Universidad de Bucarest, quien la había publicado primeramente en Rumania, durante la última guerra mundial, en un reducido número de ejemplares.

La aparición en Grecia, veinte años más tarde, de la segunda edición, ha despertado el interés que esta obra merece. Mencionaré, a lo largo de mi exposición, la opinión de distintos profesores rumanos, muy conocidos en su país y en el extranjero, quienes consideran que se trata de una obra innovadora, que ilumina una época y un espacio geográfico insuficientemente estudiados hasta la fecha. En materia de tiempo, esa época se extiende desde la conquista de Constantinopla por los turcos (1453), hasta la revolución helénica por la independencia (1821), mientras que desde el punto de vista del espacio incluye a toda Europa sud-oriental, deteniéndose especialmente en Moldavia y Valaquia.

Se ha dicho del siglo XVI y la primera mitad del XVII, que constituyeron “el período más tenebroso” de la civilización helénica. Son precisamente estas tinieblas que disipa con su trabajo el profesor Tsurcas, ya que fue en aquellos oscuros tiempos que vivió y enseñó Teófilo Coridaleus, el gran filósofo neoaristotélico y reformador de la academia del Patriarcado de Constantinopla.

Comentando y difundiendo la filosofía de Aristóteles, sinónimo de cultura helénica, en los países balcánicos y más al norte todavía, Coridaleus consiguió infundir nueva vida y esperanza a los pueblos del Oriente europeo, que dormitaban en aquel enton-

ces bajo el yugo islámico. El profesor rumano Alejandro Cioranescu, que enseña en la Universidad de la Laguna, en las Islas Canarias, ha escrito refiriéndose al libro de Tsurcas: "...ocurre que por primera vez un profesor griego de aquella época tome consistencia y se personalice, gracias a esta obra; la que constituye, además, un ejemplar trabajo, que nos permite calar profundamente en el pensamiento de aquella época, de la que estábamos dispuestos a pensar, debemos confesarlo, que le faltaba justamente el pensamiento..."

Para darnos cuenta de cuán grande fue la contribución de Coridaleus a la propagación de la cultura helénica en el Oriente, será necesario recordar los hechos históricos que siguieron a la desaparición de Bizancio. La conquista de Constantinopla originó un gran éxodo de sabios y eruditos helenos hacia Occidente, especialmente a Italia. Bajo la influencia benéfica del espíritu griego, el pensamiento occidental adquirió un nuevo concepto de las letras y de las artes que se hizo patente en el Renacimiento. Las corrientes filosóficas que nacieron de aquella fusión, el neoplatonismo, el neoaristotelismo, el neoestoicismo, crearon las premisas necesarias para el nacimiento de una nueva civilización en Europa.

Dos ciudades italianas volvieron a ser los centros espirituales del Renacimiento. Florencia, donde se enseñaba el idealismo platónico; Padua, la aristotélica, donde prevalecía un espíritu más positivo. Desde el punto de vista helénico, Padua presenta mayor interés, ya que allí enseñó y luego se formó un considerable número de profesores griegos. En el reducido período que se comprende entre los años 1572 y 1600, *encontramos en Padua los nombres de más de veinte profesores venidos de Bizancio*. Es allí también donde estudió el mayor número de médicos y científicos helenos, quienes, de vuelta en los distintos países de la península, continuaron cultivando las letras helénicas y manteniendo despierto el sentimiento nacional de sus pueblos, dominados por el conquistador otomano.

Efectivamente, en los primeros años que siguieron a la desaparición de Bizancio, la situación cultural de los países que anteriormente formaban el Imperio, era catastrófica. Los colegios, los gimnasios, los seminarios, habían sido clausurados, las bibliotecas incendiadas, decenas de miles de manuscritos y de palimpsestos transformados en ceniza. El helenista alemán de aquel tiempo, Martin Crusius, nos dejó una conmovedora descripción de cómo aprendían los niños griegos a leer y a escribir su lengua. A escon-

didias, sin libros ni material gráfico, oyendo salmos o algún texto eclesiástico, en capillas y casas abandonadas. Sólo cien años más tarde amainó la persecución, cuando el Patriarcado obtuvo el consentimiento del Gran Turco de volver a abrir las puertas de su academia. En 1593 el Patriarca Jerónimo II pudo extender aquel privilegio hasta las escuelas primarias, que funcionaban ilegalmente, y autorizar a sus metropolitans para abrir los seminarios para la enseñanza del Evangelio. En su diplomática indulgencia, la Sublime Puerta había autorizado además al Patriarca a otorgar becas a los estudiosos que deseaban completar su formación cultural.

Así fue como, un siglo y medio después del derrumbe de Bizancio, la Iglesia Ortodoxa transformóse en protectora de las letras helénicas. Fue entonces cuando llegaron para enseñar en la Academia de Constantinopla y demás escuelas del ex Imperio, “escolarcas” recibidos en la Universidad de Padua, entre ellos el distinguido comentador de Aristóteles, Teófilo Coridaleus, ateniense de origen, del que nos ocupamos.

Con Coridaleus en la dirección de la Academia del Patriarcado (1625-1641), se pone término al “período de las tinieblas”. Empapado de la filosofía neoaristotélica, logra reorganizar la Academia y al mismo tiempo reducir al mínimo la influencia del espíritu teológico en la enseñanza.

Junto a la teología, Coridaleus enseña la filosofía y la medicina. Interpreta a Aristóteles, con la preparación y la competencia de los profesores de Occidente. La Academia del Patriarcado se transforma rápidamente en una verdadera universidad. Desplaza, por lo tanto, Coridaleus, el centro de la cultura helénica desde Italia a Constantinopla, y más tarde a Atenas, donde también enseñó. El resultado de tal cambio fue visible: la enseñanza llegó hasta aquellos estratos que no disponían de los medios para un viaje y una estada en Italia. Acudieron a ella muchos jóvenes, que luego engrosaron las filas de los maestros y de los clérigos. En breve tiempo formaron una pléyade de sabios autóctonos y se transformaron en los mensajeros del renaciente espíritu neohelénico, desde Constantinopla y Atenas hacia los países de toda la Península Balcánica, y más allá todavía.

Fueron los alumnos de Coridaleus quienes dieron su mayor realce a la Academia de Constantinopla, hacia fines del siglo XVII. Es en aquella época que se imprimieron en Europa oriental, en Sibiu, Brasov y Budapest, libros de idioma griego y se fundaron las Academias de Bucarest y de Iasi, donde se enseñaba la filosofía

clásica en la antigua lengua helénica. Además de las dos academias, se fundaron en la mayoría de los demás países balcánicos varias escuelas más, en las que el griego era la lengua de enseñanza. De este modo, y a partir del siglo xvii, la Ortodoxia y la cultura helénica llegaron a constituir un bien común para todos los pueblos de Europa sudoriental.

En opinión de Constantino Noica, profesor de la Universidad de Bucarest, merece ser especialmente subrayado el hecho de que la expansión de la cultura helénica se hizo con medios y fines pacíficos, no de conquista, y con el propio consentimiento de los pueblos balcánicos, quienes acudieron a ella en busca de conocimientos y de luz. Para que así ocurriera sería justo suponer que ya en aquel entonces las letras griegas habían recuperado una buena parte de su antiguo resplandor. De no ser así, las Academias de Bucarest, de Iasi, y hasta del Monasterio Tsudov, en Rusia, no se hubieran organizado inspirándose en el ejemplo de la Academia de Constantinopla, ni los cursos se hubieran dictado en el idioma griego, sino en latín.

Valdría la pena recordar las causas que contribuyeron para que la cultura y la lengua helénica predominasen en las Academias Principescas de Moldovalaquia.

En el siglo ix el pueblo rumano tuvo la mala suerte de ser incorporado al primer Imperio búlgaro, y ver la lengua eslavona (protobúlgaro) imponérsele como lengua oficial en su administración y en el culto de su religión. Durante varios siglos luchó el pueblo rumano para protegerse de las consecuencias de aquella incorporación, es decir para no dejarse absorber por la marea eslava, ni renegar de su origen latino.

Pensándolo bien, ¿qué podría ofrecer una civilización heterogénea y todavía sin madurar, como la eslava, al pueblo rumano, el que recordaba vivamente sus vínculos históricos con la antigua Roma y con Bizancio? El gran historiógrafo rumano A. D. Xenopol ha escrito en 1925: "En nuestro país, el eslavismo sólo ha propagado la oscuridad en vez de disiparla. La lengua eslavona estranguló el pensamiento de los rumanos. Solamente produjo destrozos, sin crear nada. Rasgos de una influencia positiva no existen".

A la misma decepcionante conclusión han llegado historiadores rumanos tan conocidos, como los profesores N. Iorga (en 1925), D. Russo (en 1939), I. Cartoian (en 1940), y otros.

Buscaba, por lo tanto, el pueblo rumano la oportunidad para desprenderse del ahogador abrazo eslavo y sabía que su salvación

encontrábase más al sur, allí donde antiguamente había florecido la civilización clásica, la que nuevamente estaba en pleno renacimiento. Tal situación no cambió en los Balcanes, ni cuando el islamismo reemplazó al eslavismo. De modo que la Ortodoxia y la civilización helénica constituían para el pueblo rumano su única posibilidad de salvarse de la dominación foránea. Y el único medio de mantener el contacto con aquellas dos fuentes revivificadoras de la esperanza en una próxima independencia nacional, era la lengua griega.

No existió, pues, resistencia alguna a la propagación de la cultura helénica en Moldoalacia sino, al contrario, consentimiento y colaboración. El pueblo y sus jefes ayudaron a la obra de los inmigrantes helenos, que llegaban en cantidad desde la caída de Constantinopla. Eran intelectuales, artistas, técnicos o comerciantes, y entre ellos numerosos clérigos. Los últimos colaboraron a la traducción al rumano de la Sagrada Escritura, consiguiendo alejar así de la Iglesia rumana la lengua eslavona (siglo XVII).

Pero hubo, asimismo, una corriente de contactos en sentido contrario. En primer lugar, de los príncipes rumanos, quienes aprendían el griego para estar en condición de mejor defender sus propios intereses, ya que la lengua griega era el idioma del comercio y también de los políticos que circundaban en aquel entonces al Sultán y la Sublime Puerta. En segundo término, fueron los ricos boyardos, quienes, en el deseo de procurar una enseñanza superior a sus hijos, contrataban y llevaban al país profesores helenos.

Tal era la situación en los Principados rumanos cuando hizo su aparición en la Academia de Constantinopla el filósofo, pedagogo y gran reformador, Teófilo Coridaleus. Venciendo numerosas resistencias, consigue trasplantar en Oriente las ideas del Renacimiento y liberar del dogmatismo religioso el pensamiento filosófico. Interpreta de una manera propia y original las obras de Aristóteles y sus escritos sirven como textos de enseñanza en las escuelas de la Península Balcánica. Consigue, además, formar en breve tiempo un grupo de discípulos célebres, entre ellos Nicodemo, Paísio Metaxa, Eugenio Yannuli, Germano Locro, Teofano Xenaki, Meletio Siringo y otros más.

Se trata, en efecto, de un verdadero renacimiento de la cultura helénica, el que coincide con el deseo de los príncipes de Moldoalacia de liberarse de las indeseables influencias eslava e islámica. Fue así como en 1646 el Príncipe de Moldavia

Vasile Lupu decidió fundar la Academia de Iasi, y el Príncipe Serbán Cantacuceno, la de Bucarest, en 1678. Durante un siglo y medio, es decir hasta la Revolución Griega de la Independencia, en 1821, la enseñanza en aquellas academias se hacía en griego y sobre textos de Coridaleus. Así se explica la gran cantidad de manuscritos de Coridaleus que se encuentran en la biblioteca de la actual Academia Rumana. Existen allí unos doscientos manuscritos que se refieren a distintas obras de Aristóteles, como: *Génesis y destrucción*, *El Cielo*, *La Lógica*, *Del Alma*, *De la Metafísica*, etc., cada manuscrito formado por más de quinientas páginas.

En Atenas, donde Coridaleus también enseñó, se han encontrado muy pocos manuscritos, en comparación con los hallados en Bucarest; lo que comprueba la importancia que había tomado en los países de Moldoalacia la enseñanza de las letras helénicas. Las Academias de Iasi y de Bucarest funcionaron regularmente hasta el mes de febrero de 1821, cuando Alejandro Ypsilanti inició en Iasi, la capital de Moldavia, la revolución para la independencia de Grecia. Fueron clausuradas por edicto del Sultán, quien las calificó de “nidos de víboras”. Los trescientos héroes de la Legión Sagrada de Ypsilanti, que cayeron hasta el último en la batalla de Dragasani, fueron los postreros estudiantes de aquellas academias.

Ciento cincuenta años de luminosa enseñanza helénica en los Balcanes dominados por los turcos, fue el fruto del árbol que plantó en el rincón sudoriental europeo Teófilo Coridaleus, el más grande filósofo heleno del siglo xvii. Tal vez como filósofo y como comentador de la obra de Aristóteles no sea el más importante. Sin embargo, su labor interpretativa de las teorías del gran esta-girita contiene algunos aspectos interesantísimos referentes a la creación del universo, la intervención del Ser Supremo, el problema del espíritu y del pensamiento humano, la inmortalidad del alma, etc. Con todo, debemos aceptarlo como un eminente “διδάσκαλος”, maestro y reformador, y admirar sobre todo su don de divulgar su pensamiento y de formar discípulos que continuarían en el tiempo su obra didáctica y cultural. Su dinamismo, su infatigable presencia en todas partes donde su misión lo reclamaba, son verdaderamente admirables. Ha estudiado y enseñado en Roma, Venecia, Padua (donde a la edad de 43 años se graduó en Medicina y Filosofía), en Constantinopla, en Atenas, en Zante. También lo encontramos de Exarca en Cefalonia y de Arzobispo en Naupacto y en Arta.

No todo ha sido propicio para los proyectos y la carrera de Coridaleus. Al principio tuvo que sostener una aguda polémica con los escolásticos del Patriarcado. Luego, defenderse contra las calumnias de ateísmo o de calvinismo; y finalmente soportar días de persecución y de exilio, cuando fue alejado de la Academia del Patriarcado como herético por el entonces Patriarca Contari.

Coridaleus, como todo pensador, vivió también intensamente el drama de la confrontación de la fe cristiana con el espíritu que se quiere libre de compromisos. Toda su vida fue una sucesión de búsquedas, de fe y de dudas. Varias veces tomó el hábito, para renunciar otras tantas. Cuando la religión no conseguía apaciguar sus inquietudes, volvía a la filosofía y a su querido maestro Aristóteles. El drama, en suma, de todo erudito, que por no haber hallado contestación a los problemas de la metafísica, deja vagar su alma de la fe a la filosofía y viceversa. Sus últimos años fueron muy tristes. Lejos de su Academia, de sus alumnos y de sus manuscritos, murió en Atenas, en la soledad, que parece ser el destino de los ancianos que no tuvieron familia.

Pertenece al Dr. Tsurcas el mérito de haber sacado del olvido el nombre y la obra del gran maestro. La Academia Rumana, hija de la principesca Academia de Bucarest, tomó la decisión de publicar los manuscritos hallados en sus archivos. Tengo entendido que ha aparecido ya un primer volumen, que trata de *La Lógica* de Aristóteles, y que al lado del texto griego se publica también la traducción al francés.

La lectura de un comentario del ya mencionado profesor Noica de la Universidad de Bucarest, me permite suponer que a los estudiosos rumanos les interesa más el lado cultural e histórico de la obra de Coridaleus y menos su contenido. Tratan más bien de demostrar que con la enseñanza del neoaristotelismo en las Academias de Iasi y de Bucarest, la instrucción superior en Moldovalaquia había alcanzado, a partir del siglo XVII, el alto nivel de las universidades de Italia y de Alemania.

Sin embargo, la labor explicativa de Coridaleus, la que analiza las teorías aristotélicas, facilitando su comprensión, no es la de menor importancia. Tiene su valor intrínseco, además de constituir una "invitación", un "desafío" —en el sentido dado por Toynbee a la palabra— dirigida a los estudiosos de toda la Península Balcánica para que profundicen y esclarezcan los variados problemas, "retos y estímulos", de que está compuesta la filosofía del gran estagirita.

The Beginnings of Philosophical Teaching and Free Thought in the Balkans (Life and Works of Theophilus Coridaleus)

In this study the writer Jorge Hurmuziadis presents some aspects of the works of Theophilus Coridaleus, neo-Aristotelian philosopher, reformer of the Academy of the Patriarchy of Constantinople, and a most prominent figure in Hellenic thought during the dark age of Ottoman domination. He fruitfully headed the Academy of the Orthodox Church between the years 1625 and 1641. He taught philosophy, medicine and theology, and the old establishment quickly became a real university. The author points out that this produced a displacement of the centre of Hellenic culture from Italy and its large colonies of emigrants, to Constantinople. Enlightenment reached those levels of people who could afford neither a trip to nor a stay in Italy. A host of superior intellects appeared within a short time, and who became messengers of the reawakening neo-Hellenic spirit, taking it from Constantinople and Athens to the Balkan countries and western Europe itself.

The work of Coridaleus and his followers was reflected in the creation of the Academy of Bucharest and Iasi, where philosophy was taught in the Hellenic tongue; it was also reflected in the proliferation of Greek books edited in Sibium, Brasov and Bucharest. Besides, in most Balkan countries schools were founded in which the teaching vehicle was Greek.

Coridaleus is thus closely linked with the notable expansion of Hellenic culture throughout eastern Europe in the seventeenth and eighteenth centuries. The author points out that the expansion was essentially peaceful and that it was based on the prestige of the Hellenic tongue and Greek teachers; the academies and schools organized their studies freely, on the basis of the Academy in Constantinople, and taught in Greek instead of in Latin.

Hurmuziadis writes about the work of Coridaleus as a teacher in Constantinople and Athens, and at the same time he analyses the significance of the voluminous works he left, especially his comments on Aristotle, which are now beginning to be studied and edited. He also points out that Coridaleus intensely lived the

drama of confrontation of Christian faith and its longing for freedom of thought. Because of this his life was a succession of searchings, faith and doubts. And this is yet another aspect of the thrilling personality of the teacher, thinker and theologian.

H. L.-R.

